



**S**i ve en la calle a una mujer vestida de forma increíble, pero cierta, y que parece encontrarse a gusto con su atuendo, hay muchas posibilidades de que lleve un modelo de André Courrèges», escribía el «Herald Tribune» en 1965, al aparecer las primeras mujeres-cosmonautas en los Estados Unidos. «Con las faldas por encima de las rodillas, botas altas blancas como la nieve y un casco de motorista atado por debajo del mentón, viene directamente de París», añadía.

Courrèges acababa de hacer una revolución en la moda. Vistió a la mujer del siglo XX de forma funcional, con materiales nobles y modernos, con líneas geométricas y claras. Su estilo estaba adaptado al modo de vida de las utilizadoras. Y aún perdura. «Eso demuestra que tuvo razón en mil novecientos sesenta y cuatro —dice hoy Courrèges—. Como Chanel y Volkswagen. Las ideas que se adaptan a un nuevo estilo de vivir duran tanto como dure ese estilo».

En su libro, «Sociología de la moda», René Koenig demuestra la importancia que tiene el vestido en la psicología de los individuos y el poder determinante de la moda en la evolución de las mentalidades. Nos recuerda que Charles Baudelaire estudió las relaciones entre el arte y la moda, trabajos seguidos por los hermanos Goncourt, y que el poeta simbolista Mallarmé fue editor de una revista de modas.

Desde entonces, la moda ha adquirido proporciones más gigantescas y complejas, se ha convertido en una de las industrias más rentables de las sociedades capitalistas y ha ayudado —particularmente en los últimos veinte años— a la liberación de la mujer gracias a adelantos técnicos y a la destrucción de tabúes y complejos.

Por eso me pareció interesante averiguar cómo piensan los creadores de moda, qué objetivos persiguen, qué ideología les guía y en qué movimientos artísticos integran sus búsquedas y preocupaciones.

Ya vimos que Paco Rabanne alia magia, consideraciones artísticas y citas históricas, desestimando el poder del capital en el continuo lanzamiento de las modas (1).

(1) TRIUNFO, núm. 486, del 22-I-72.

*«La moda es una cosa muy seria, y hay que tratarla con respeto. Sale de muy profundas combustiones, del fondo de la tierra; esos efluvios cósmicos forman torbellinos ligeros que nos agitan y nos desplazan; influyen en el arte, en los gustos, en los sentimientos, en el pensamiento, en el comportamiento inconsciente del hombre».*

Jacques Chardonne.

# COURRÈGES

## MODA Y SOCIEDAD

**«No me considero un modista. Lo que a mí me interesa es comprender la vida».**

**Por RAMON CHAO**

Más ilustrativo de las contradicciones del sistema de la moda en la sociedad capitalista es el pensamiento de André Courrèges, «el modista del año 2000», cuya obra sobrepasa ampliamente sus intenciones y su pensamiento.

\*\*\*

—Hábleme de su concepto de la moda.

**COURRÈGES.**—No le voy a hablar de moda, pues no me considero un modista. Eso no me interesa, es reducirme a un campo estético o técnico, y lo que a mí me interesa es comprender

la vida, la evolución psicológica y morfológica de la gente, la evolución de los seres —hombres o mujeres— en su medio ambiente, y tratar de encontrar una solución que permita a la mujer contemporánea vivir mejor.

—¿Cree usted que la moda sigue siendo el uniforme que distingue a una clase de otra, o bien, como decía Oscar Wilde, aporta a la mujer un sentimiento de seguridad que ya no le da la religión?

**C.**—... que ya no le da la religión... Mire usted, si estudia un poco la Historia, verá que en

los momentos de gran apogeo cristiano —desde el siglo once al quince— existía ya una moda. En los castillos, las mujeres iban tan elegantes como ahora. No estoy de acuerdo con Oscar Wilde.

—Pero está de acuerdo en que era un uniforme que distinguía a la nobleza de la plebe, ¿no?

**C.**—Y eso aún sucede hoy. Hay muchas mujeres que compran modelos para vestirse elegantemente, pero muchas otras lo hacen para mostrar al mundo en qué clase social están situadas. Exactamente igual que con los coches. Por eso reaccioné contra la moda de Chanel. Siempre digo que esta moda —que aún persiste— es algo así como un Rolls Royce o un Bentley, pues ya se sabe que para vestirse en Chanel, una mujer tiene que tener un nivel de vida elevado. Lo que yo quiero es hacer un vestido que corresponda exactamente a la situación ideológica y morfológica de la mujer actual.

—¿Y qué aporta su moda a la mujer?

**C.**—Creo que contribuyo a que viva mejor. Para ello tuve que estudiar lo que es la vida de una mujer hoy. Tiene varias responsabilidades. Debe agradar a su marido, para ser también su amante; tiene que ser su esposa, es decir, poder representarle dignamente en su nivel social; gestiona el presupuesto familiar, a menudo es madre y, por consecuencia, la educadora de sus hijos. Tiene un papel muy amplio, mucho más que el hombre. Pues bien, yo trato de vestirla de forma que esté siempre joven, fresca, agradable, con unas estructuras técnicas que la proporcionen juventud y gracia, con unos colores que la favorezcan, para que se sienta feliz con ese vestido. Porque la vida es dura y gris, tanto climática como socialmente. Yo la apporto una alegría de vivir, una confianza en ella misma.

—Según lo que acabo de oír, usted quiere que sea feliz en el duro contexto que usted mismo ha descrito, y no me dice nada sobre su posible papel de transformador de sus estructuras mentales para que se dé cuenta de su situación. Porque los papeles que usted ha enumerado: madre de familia, educadora de sus hijos, administradora, amante del marido, representante de su nivel social, son —algunos— los que las mujeres rechazan hoy. Corresponden a las estructuras de la socie-

# COURRÈGES

dad tal como es desde hace siglos.

C.—Pero, perdóneme. Esas estructuras de la sociedad son indispensables para la vida, pues por poco que se cambien, se pierde la vida. En los Estados Unidos, por ejemplo, la mujer ha querido desempeñar un papel particular, y se ha visto que se produce una disgregación de la vida familiar, sin que quede nada detrás. Lo que digo es verdad. Un árbol vive por muchas razones: para producir clorofila, para detener la arena, para darnos sombra y muchas otras cosas más. Donde faltan árboles, la tierra está pobre. Pues bien, eso que usted llama las estructuras de la sociedad es la verdad. Yo le llamo la riqueza de la vida. No nos vamos a divertir ahora, en el año mil novecientos setenta, o en el año mil novecientos ochenta, no nos vamos a tomar tan en serio como para ponernos a querer hacer evolucionar al hombre y a la mujer, cuando el mundo vive de esta forma desde hace millones de años. ¿Me comprende? La evolución se hará siempre con esas bases precisas; es decir, que nunca se podrá cambiar el papel de la mujer —pues todos los meses la Naturaleza la permite un reequilibrio gracias a las reglas— si se quiere que un día tenga hijos y que esos hijos sean hombres mañana.

—¿Cómo explica usted —o acepta— la actitud de los diversos movimientos de liberación de la mujer, que rechazan este papel de «mujer-objeto» que la han asignado desde tantos años, que ignoran absolutamente los dictados de la moda y se visten con lo primero que las cae en mano y que responda a sus necesidades?

C.—Es ahí es ahí donde los intelectuales y los —¡ja, ja!— futurólogos cometen grandes errores. La liberación de la mujer —ustedes lo han vivido en España—... la mujer estaba fuera del contexto y de la evolución, era la mujer-objeto. Estaba encerrada en casa, educando a sus hijos, y se aburría tanto, que no hacía más que comer y engordar. Eso lo viví yo, pues siempre me interesó mucho España, y ustedes no tienen a esas mujeres delgadas que se encuentran en los países anglosajones. Pues bien, se liberó de eso —y era normal que lo hiciera—; pero no debe hacerlo demasiado, pues el día en que esté completamente liberada, ¿qué la quedará? Siempre tendrá necesidad de realizarse. Los egipcios, como usted sabe, tuvieron una gloriosa civilización. Pues bien, si estudia la civilización egipcia y la vida de la pareja, incluso los Faraones, él está siempre colocado delante, y ella, detrás. Y la mujer, que engendra la vida, si sobrepasa su papel, se convertirá en esa araña que se devora a los amantes después del



*«Yo suprimí la falda y vestí a la mujer con pantalones. Se me dijo que estaba masculinizando a la mujer. Mentira: nunca estuvo más femenina que con el pantalón». «Hay muchas mujeres que compran modelos para vestirse con elegancia; otras lo hacen para mostrar al mundo en qué nivel social están situadas».*

amor, y no la quedarán más hombres. Llegaremos al final de una civilización. Pues bien, en la liberación de la mujer existen límites. Yo debo ayudarla en ser una mujer liberada en relación a lo que era en el pasado, es decir, la mujer-objeto, pero no hay que dejarla entrever que puede ir demasiado lejos, pues también tendría que hacerlo el hombre, y el hombre está muy retrasado.

—De todas formas, la mujer sabe lo que quiere. En sus orígenes, el vestido respondía a una necesidad y no diferenciaba al hombre de la mujer...

C.—Siempre respondió a una necesidad...

—Sí, pero eran los mismos utilizadores los que ideaban los vestidos que más las convenían. Hoy,

se hace en un laboratorio, sin contacto con la masa, que utiliza lo que ya es un producto.

C.—¿Quién le ha dicho eso? Es un error garrafal. ¿Se da cuenta usted de que yo visto a unas cinco mil mujeres por año, y que si viviera en un laboratorio no comprarían mis productos? Está usted en un error...

—Y existe, además, un sistema que la obliga a comprar lo que ustedes quieren...

C.—No, no... Ese es otro error. La mujer es libre. Le voy a dar un ejemplo: se la ha querido imponer, por medio de la publicidad, y por intereses comerciales-financieros, se la ha querido imponer la peluca. Ha sido una catástrofe.

—¿Sabe usted que una gran cantidad de negocios de moda han fracasado porque hicieron estudios de «marketing» sin basarse en las verdaderas necesidades de la mujer? Y los únicos que triunfan son los que se basan en eso. Se puede lanzar una moda un mes o dos, pero si no es verdadera, no dura. Yo soy arquitecto, y no me interesa ser Courrèges durante seis meses, sino serlo siempre. ¿Y cómo hacer para serlo? Muy sencillo: Mi colaboradora en un cincuenta o en un cien por cien, que es mi mujer, conoce los problemas de las mujeres. Y yo también soy bastante sensible. Y gracias a esta colaboración, trabajando entre y para las mujeres, éstas pueden decir: «Courrèges nos comprende», porque yo soy psicólogo y colaboro con una mujer.

—Es usted arquitecto y modista. ¿Cómo articula las dos cosas y en qué movimiento artístico se inserta?

C.—Creo que, a través de la moda, he cambiado mucho el me-





«Creo que, a través de la moda, he cambiado mucho el medio ambiente. Ya sabemos que las artes forman todas un conjunto y se influyen mutuamente. Me interesó mucho el movimiento Bauhaus, de Zurich, donde había arquitectura, "design" y pintura, con Klee y Kandinsky». (Modelos Courrèges para la primavera 1973).



dio ambiente, pues ya sabemos que las artes —arquitectura, pintura, música, etcétera— forman un conjunto y que se influyen mutuamente. Me interesó mucho el Bauhaus de Zurich, donde había arquitectura, «design», pintura con Klee y Kandinsky; todos estos cuerpos que trabajaban conjuntamente. Ahora no tengo mucho tiempo para ocuparme de esto, pero si me pregunta por mis preferencias en arquitectura, le diré que me quedé en Saarinen, en Alvar Aalto, en Le Corbusier; tengo amigos revolucionarios, como Parent, y en pintura creo que he sobrepasado a Kandinsky (en el pensamiento), Klee y todo el Bauhaus, y que me encuentro en un arte cinético, de movimiento y antifrancia, de música, movimiento y colores.

—¿Puede darme algún ejemplo concreto de cómo su moda ha influido en la transformación de la mujer?

C.—Pues bien, cuando, por ejemplo, en mil novecientos sesenta y dos, suprimí las faldas, sustituyéndolas por los pantalones, las mujeres se sentían molestas delante de los hombres en falda. Estaban contraídas y rígidas. No tenían esa libertad de las jóvenes america-

nas, por ejemplo, que se visten con «blue-jeans». Se ha demostrado que esa posición es nefasta para la columna vertebral. La mujer se encontraba, pues, en inferioridad. Yo suprimí la falda y la vestí con pantalones. Se me dijo que estaba masculinizando a la mujer. Mentira: nunca está la mujer más femenina que con el pantalón. La ayudé, pues, en la evolución del pensamiento y morfológicamente. Pues al vestirse con pantalones no tenía ya nada para ocultarle las formas. Comprendió entonces que debía tener unas piernas finas, y como el pantalón tenía que ir con algo ligero, como un jersey, tuvo que comer menos —lo cual es muy beneficioso, y que el día que ocurra esto en el hombre será su primera revolución, ya que todo kilo que se tiene de más desde los veinte años es la vejez que se empieza a arrastrar—; creo que en este terreno la estoy ayudando en la verdadera evolución.

«Pero no hay que exagerar, y no quiero remontar a las civilizaciones autóctonas, pero si la mujer adelgaza demasiado no la quedará ni busto ni caderas, y no agradará al hombre. Es invariable...»

—También se podría modificar la mentalidad del hombre. Pero, ¿cómo hace para modelarla al actual gusto masculino?

C.—Se lo voy a explicar, y verá que tiene relación con la arquitectura. Se trata de construir una habitación agradable. Pensé que la mujer de cuarenta años tiene necesidad de parecer más joven de lo que es. Para eso tenía que darle formas jóvenes. Entonces, creé vestidos ceñidos, arquitecturales, probados en jóvenes de veinte años. De esta forma, la mujer de cuarenta se veía obligada a volver a recuperar la silueta que tenía a los veinte años. Creo que de esta forma la he ayudado, pues al mismo tiempo su mente trabajaba... ¿comprende? La permito ser mucho más libre, sentirse más a gusto en la vida; su marido la encontrará más bella, sus hijos, también. Las mujeres son felices gracias a estos contactos íntimos.

—Pero, ¿qué mujeres? Su moda está dirigida a la alta burguesía, dados sus precios. Es también, una vez más, el uniforme de una clase.

C.—Claro, hay que poder comprar un vestido de Courrèges. ¿Por qué? Yo trato de poner mucho entusiasmo y amor en un vestido. Claro, que cuesta un poco más que los otros... pero hay otros que lo hacen más barato y otros más caro. Yo tengo mi público, y es la gente que aprecia mi espíritu. Si pudiese vestir a la clase baja, lo haría. Visto a la clase alta, sí, pero trato de llegar a la juventud con el «prêt-à-porter». Pero no puedo llegar hasta abajo del todo, pues ya lo hacen otros mejor que yo... ■ R. CH.